

# EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

**SUMARIO.** *Revista de Modas*, por D.<sup>a</sup> Aurora Perez Miron.—*La Totrre de Porcelana*, por D.<sup>a</sup> Angela Grassi.—*El Espejo* (poesía), por D. Antonio Corzo y Barrera.—*La Hermosura del alma* (continuacion), por D.<sup>a</sup> Micaela de Silva.—*Teatros*, por D. Diego de Rivera.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin de trajes*, núm. 815.—*Figurin de Peinados*.—*Pliego de Dibujos y Patrones*.

## REVISTA DE MODAS.



El mes de Mayo es la juventud para los que son jóvenes; el renacimiento á la vida para los que no lo son.

Todos sufrimos la influencia del dulce despertar de la naturaleza, y como ella, sean las que quieran nuestra edad y condiciones necesitamos adornarnos, engalanarnos, para que todo mas ó menos directamente enlazado, camine con la perfecta armonía que le plugo al Creador.

La Moda este año es muy acentuada, como dicen nuestros vecinos: uu tanto exajerada como decimos nosotros. Se adoptan las hechuras y colores mas atrevidos, y se necesita un gran tacto para vestir con gusto, tacto que tiene siempre la mujer verdaderamente distinguida. Para ésta nunca hay escenricidades en la Moda: védla lo mismo cuando el talle se lleva mortificando las caderas, que cuando sube á mitad de la espalda, y siempre encontrareis en ella el tipo de la verdadera elegancia. Todo lo adopta, sierva sumisa de la Moda, pero en vez de realzar sus escenricidades, parece disminuirlas al velarlas con su buen gusto. Mucho tiene en que escoger en esta época del año en que los trajes de paseo, los de calle, los de campo, los de mañana, y hasta los de casa rivalizan en gusto y novedad.

Entre los primeros no podemos resistir al deseo de citar para jovencita, para esa edad en que se reúne á los encantos de la mujer la espresion candorosa de la niña, un traje compuesto de falda y paletot holgado, hechura Luis XV (*figurin, núm. 815*), ambos de glase color de rosa, adornados de guipu-

re de Cluny. La falda llevá por único adorno grandes escarapelas de trecho en trecho, hechas con el guipure, y el paletot recto, suelto de talle y sin mangas, va orillado del mismo guipure, que remata por detrás en el escote, descendiendo las puntas flotantes. Completa el traje una camiseta de lilon con manga larga, y sombrero redondo de paja de arroz, ó crin, con cordon de rosas de enredadera.

Tiene mucha novedad tambien para traje de casa ó de recibir, un vestido cuya falda de seda, color de lila, va enteramente lisa y combinada con cuerpo de muselina blanco, de manga justa y talle redondo: una esclavina corta, de seda lila, orillada de guipure adorna el cuerpo, y de seda lila son las vueltas de las mangas y las aldetas, que sujetas á un cinturon y adornadas de guipure, rodean el talle. Cofia de encaje, blanca, con cinta grana que baja por ambos lados á sujetarse con broche por delante, termina tan gracioso traje.

Con estos, que como se vé son de sedas claras, y verdaderamente primaverales, alternan los de telas ligeras, como granadinas, pelo de cabra, sultana, mezcla de seda y pelo de cabra, que tiene el brillo de la primera con la lijereza de la segunda, glase de la India, y esos mil tejidos cuya nomenclatura es interminable, unos rayaditos, otros de mil cuadros, otros de un chiné imperceptible, todos sobre fondos blancos ó medios tonos, que tan bien se prestan á los adornos de color contrario, moda que se sostiene con aceptación.

Respecto á hechuras, las faldas con poco ador-



no, y levantadas bien solo al lado izquierdo, bien á los dos lados por medio de patas, cordones con borlas, ó escarapelas, dejando ver otra falda del mismo largo, y colores semejantes, aunque no igual, va ganando terreno cada vez, y trajes hemos visto de muchas pretensiones en grós azul, rosa ó maiz, levantados en toda su mitad de adelante sobre otra falda de seda blanca á pabellones menudos, sostenidos por borlas ó encajes, cayendo por detrás en una prolongada cola, que no podían ganar en riqueza y distincion.

Los trajes ligeros se harán de un modo análogo, ó lisos de la falda, concretando los adornos al cuerpo y paletot, bien hecho aparte y sin mangas, hechura predilecta este año, bien figurado por medio de aldetas postizas: los adornos en delantal prometen gozar gran favor tambien.

Los trajes de campo, que ya empiezan á ostentar nuestras elegantes en las poéticas alamedas de Aranjuez, se anuncian con una gracia y coqueteria imponderables. En ninguna época los trajes de campo han tenido la importancia que hoy tienen y si, para trajes mas severos, se muestra la Moda actual un tanto recargada, en estos combina la gracia y la novedad, con tal arte que parece trabajan en pro de la hermosura y de la industria, á quien protege directamente la Moda. Sobre las sayas de variados adornos, se levanta el traje en pabellones por medio de patas, entre las que merecen la preferencia las que van guarnecidas de cordon ó agreman de paja, sujetas á un boton de paja tambien. Género característico y del mejor gusto! Nada de borlas, pasamanerías, ni broches ricos, para vivir entre las flores; la paja que resiste como ellas la llu-

via y el sol! Las flores y las mariposas deben asustarse de tan ricos atavíos! Un trajecito gris, adornado y recogido con paja, paletot igual, botas húngaras y sombrero redondo, serán el único traje á propósito para estas deliciosas escursiones de campo.

Nunca ha sido tan general el gusto para vestir á los niños, y si nos fijamos en las niñas con especialidad, hallaremos que á veces parece presidir á su tocado una hada fantástica. Trajes muy lindos de niños presentaba nuestro figurin anterior, pero aun de mas gusto es el que vamos á describir como para niña de siete años, traje tan distinguido, tan gracioso, que parece armonizar con la tierna edad y sencillos encantos de quien ha de gastarle. Compónese de dos faldas de seda granadina blanca (figurin ya citado), lisas, y levantada la segunda en pabellones con escarapelas de cinta azul: el cuerpo escotado, y de talle redondo, lleva una berta de tafetan azul con lazos en los hombros, y cinturón azul, anudado por detrás con cabos flotantes: manga larga con vuelta azul, camiseta alta de muselina blanca, y sombrero redondo de paja de arroz, con cinta azul, y largo velo blanco, completan tan lindo traje.

Otros muchos citaríamos, porque el capítulo de modas de niños podría ser interminable, pero ofreciéndoles constantemente modelos nuestro semanario, tememos que se nos acuse de demasiado afectos á los niños.... se entiende las suscriptoras que no sean madres de familia: para éstas todo cuanto se relacione con las prendas de su alma es objeto de particular predileccion, y no se enfadarán si como ellas nos interesamos por los niños.

AURORA PEREZ MIRÓN.

## INSTRUCCION.

### LA TORRE DE PORCELANA.

Voy á contaros, amables lectoras, la historia de Li-tsi, luz del dia, espléndido sol de la mañana.

¿Habeis oido hablar de esa hermosa region, que ostenta á la vez todos los encantos de la naturaleza, y todas las maravillas de la industria humana?

En ese pais privilegiado, el cedro, el ébano, el sándalo, el pino y el árbol de hierro forman los espesos bosques; cubren los llanos el trigo de espigas de oro, el arroz, el té, la caña de azúcar, el algodónero, el moral, el bambú y los naranjos, y mientras grandes manadas de tigres y de lobos recorren sus selvas, habitadas por el mono y la serpiente, en

la cima de los árboles se arrullan pájaros de mil colores, y en el fondo de los estanques se solazan peces maravillosos, únicos en su especie, de escamas de oro y plata. Allí se descubren por do quiera magníficas perspectivas, que ofrecen á los asombrados ojos, volcanes, cataratas, cascadas de admirable altura y estension, fuentes minerales, calientes y frias; rios, cuyas aguas tiñen de verde, otras de azul, y otras de color amarillento; picos escarpados que ocultan en sus entrañas el pórfido, el mármol, el oro, la plata y los diamantes; costas risueñas en donde las olas juegan con las perlas, y como un desafio de poder á poder, como un símbolo de la perpétua lucha entablada entre el hombre y la naturaleza, junto á tales portentos, se ven otros de distinta índole, pero de igual grandeza. Yéanse por todas partes allanados los montes, consolidados los pantanos, abiertas las

rocas, cubiertos los rios de puentes, rodeados de fantásticas galerías los precipicios, y á lo largo de las rectas y anchurosas calzadas, ciudades construidas, las unas sobre oasis de flores, flotando las otras sobre las aguas apacibles de los rios, y esparcidos aquí y allá, templos, palacios, arcos triunfales, pirámides levantadas en honor de los hombres eminentes, grandiosos sepulcros, que guardan los restos venerandos de los justos y los sábios, y altas torres, con sus campanas colgadas por fuera, que dan la hora, y son de prodigioso tamaño y enorme peso.

Tal es la sorprendente region á que hago referencia, y con deciros que hay en ella una célebre muralla, que es una de las maravillas de la tierra, y una ciudad que ostenta una torre de porcelana, de sin igual altura, habreis adivinado ya que se trata de la China.

Ahora bien, en la torre de porcelana, orgullo de Nankin, habia nacido Li-tsi, la mas bella entre las bellas, la mas buena entre las buenas.

Pero hablemos primero de la torre. Aislada, de forma octógona, de cuarenta piés de diámetro en su base, y doscientos de elevacion, está dividida en nueve pisos, separados por otros tantos techos salientes, de ocho lados.

Para llegar á su parte superior es preciso subir 884 escalones.

De cada uno de sus ángulos pende una campana de cobre. En la cúspide se eleva, como en los templos de los Birmanes, un árbol semejante al de las tiendas de campaña, de treinta piés de elevacion, rodeado de un círculo de hierro, que va subiendo en espiral, y remata en una piña de cobre dorado.

En la planta baja hay un salon, en cuyo centro se alza un ídolo gigantesco, formado de oro macizo, al que sirve de dosel una inmensa cúpula de cobre. Los cielos rasos de los diferentes pisos ostentan magníficas pinturas, y las paredes estatuas doradas de bellísima apariencia.

El exterior de la torre está revestido de unas planchas de porcelana de distintos colores, y las tejas que forman los varios techos, son de la misma materia.

Esto en cuanto á la torre, en cuanto á la jóven tenia la verdadera belleza de las chinas. No era ni gruesa ni delgada, sino perfectamente igual desde la cabeza hasta las estremidades inferiores; la tez muy pálida, señal entre ellas de pudor, nariz corta, ojos pequeños y bien rasgados, y los piés tan diminutos que apenas se veian.

Adornábase con tal modestia, que las anchas mangas de su vestido talar la cubrian casi enteramente las manos, que es la parte del cuerpo que con mas esmero ocultan; pero en cambio en sus cabellos resplandecian el oro, la plata y las piedras preciosas, y largas trenzas que remataban en una especie de corona de plumas y de flores, estaban recogidas á trechos con agujas de diamantes.

Vivia en mas absoluto retiro que ninguna otra mujer china, á pesar de ser allí tan general, y casi hubiera podido afirmarse que no habia visto á otro hombre que á su tio, anciano Bonzo, á cuyo cargo estaba el servicio del ídolo de la torre.

Debia el sér á un mandarin, que habiéndose cometido un parricidio en la ciudad en donde él gobernaba, fué destituido de su cargo y privado de todos sus bienes, segun las

leyes del Imperio, muriendo á consecuencia del pesar que le causó su desventura.

Li-tsi, cándida, sencilla, amante, nunca habia pensado en abandonar aquel escondido albergue; pero otra cosa dispuso su destino.

Era en el año 954 de nuestra era, y gobernaba el Imperio Chi-tsong I, que elevado al trono desde la clase ínfima, era soberbio, arrebatado y déspota.

Acometióle una penosa enfermedad, y sus médicos le aconsejaron que fuese á visitar el ídolo de la Torre de Porcelana, con el objeto quizás de que cambiase de aires.

Grande fué la sorpresa del viejo Bonzo, tio de Li-tsi, ajeno á cuanto pasaba en la tierra, cuando vió acercarse á la Torre una espléndida comitiva.

En efecto, no hay nada que iguale en magnificencia á la corte de un Emperador chino; no hay nada tan brillante como el acompañamiento que rodea su palanquín cuando sale en público, pues ademas del número prodigioso de mandarines y letrados, que llevan trajes de crujiente seda, le alumbran, aunque sea de dia, con cuatrocientas linternas de varios colores, y otras tantas hachas encendidas.

Chi-tsong quiso hospedarse en la misma torre, para estar cerca del ídolo. Permaneció allí diez dias, y al cabo de los diez dias salió llevando consigo á la bella Li-tsi, cuya frente estaba ceñida con la imperial diadema.

—Eres un conjunto de gracias y virtudes, la dijo su tio al despedirse de ella; pero tienes un defecto que causará tu ruina.

Tu voluntad es como la frágil caña, que cede á todos los vientos, y ni aun sabe resistir al manso cefirillo. Solo un consejo te doy; procura ser de blanda cera para tus gustos y caprichos, sacrificándolos á cualquier motivo; procura ser diamante fuerte, amianto incombustible cuando se trate de la dignidad y de los derechos de tu alma.

La profecía del viejo Bonzo se cumplió: las nueve mujeres del Emperador, que tienen título de reinas, y las cuatrocientas concubinas, viendo la humildad de Li-tsi, su dulzura y su excesiva mansedumbre, la pisotearon y escarnecieron, haciéndola perder por medio de bajas intrigas y viles calumnias el amor y la consideracion de su esposo, y la consideracion de sus vasallos.

El carácter de Chi-tsong, golfo adonde iban á parar las desordenadas pasiones de todos, se volvió mas violento y mas sombrío.

No habia paz en el palacio, no habia paz en el Imperio. La serpiente de la discordia, que se ensortijaba á los piés del trono, sacudia los últimos anillos de su prolongada cola sobre la choza del pobre.

La emperatriz, reelegada á los aposentos interiores, rodeada de un falso simulacro de magestad, sola, triste y sin consuelo, recordaba los sábios consejos de su tio: pensaba que su culpable debilidad, su necia condescendencia, no solo no la habian granjeado el amor de nadie, sino que habia sido causa del comun desorden.

Tal vez la infeliz se hubiera dejado abatir completamente por el dolor, si la Providencia no la hubiese concedido un hijo.

Allí, aunque la emperatriz goce de todas las preeminencias, no las trasmite á las prendas de su corazón, sino

que el Emperador escoja por heredero al hijo preferido, de-  
ba el sér á la emperatriz, á una reina, ó á una concubina.

Li-tsi comprendió que debía recobrar á toda costa su  
perdido influjo, y el amor maternal la dió fuerzas para  
aguardar una ocasion propicia y aprovecharla.

Al poco tiempo, uno de los generales del Imperio se sub-  
levó contra su legítimo Señor, y se acercó á la capital al  
frente de huestes numerosas.

Apoderóse el pánico de la ciudad, tembló el Empera-  
dor, temblaron los Ministros, y reunidos en Consejo, ya de-  
terminaban mandar un enviado al rebelde, brindándole con  
la paz, y haciéndole onerosas concesiones, cuando se pre-  
sentó de improviso Li-tsi, adornada con sus mejores galas,  
y deslumbradora de hermosura.

Contra su costumbre, llevaba la frente erguida, el pa-  
so firme, majestuoso el ademan.

—¡Pelead, señor, pelead! gritó con enérgico tono, ¡pe-  
lead mientras tengais la corona en la cabeza y las armas en  
la mano!

Miráronla los circunstantes, atónitos y sobrecogidos, y  
ella prorumpió en tales razones, tan dignas y vigorosas,  
que inflamados de ardor los espíritus, antes cobardes y  
desmayados, clamaron por la guerra. Armáronse á toda  
prisa, salieron á presentar la batalla al enemigo descuida-  
do, y consiguieron la victoria mas completa.

También la alcanzó Li-tsi, que habiendo reconquistado  
con este acto enérgico la perdida influencia, ya no volvió  
á descender del pedestal en que acababa de colocarse.

Desde aquel instante fué para Chi-tsong lo que fué la  
ninfa Egeria para Numa, rey de Roma.

Influyó en su carácter, en sus costumbres y en su con-  
ducta, de un modo tan singular, que habiendo sido hasta en-  
tonces un tirano, se mostró luego el mas bondadoso y jus-  
to de los monarcas. Para no volver á entregarse á los im-  
pulsos de la soberbia, mandó colocar en su palacio, y á su  
vista, un arado y un telar, de los que se había servido en  
otro tiempo, y llegó á tal su transformacion, que en una  
horrible carestía que afligió á la China, hizo abrir sus gra-

neros á la multitud, ordenando que se vendiese el arroz  
tan barato como fuese posible.

—Estos son mis hijos, decia hablando de sus pueblos,  
y no le conviene á un padre dejarlos morir de hambre  
mientras él tenga qué comer.

Palabras bellísimas que ha conservado la historia.

Hizo mas, mandó fundir todas sus alhajas, y hasta las  
estátuas de los ídolos, para fabricar moneda.

Inútil es decir que con tan sábia y paternal administra-  
cion cesaron los disturbios, se enriqueció el pais, florecie-  
ron las ciencias, las artes y la industria, y que juntamente  
con la abundancia, renacieron la dicha y la alegría.

Inútil es también decir, que todos reconocieron cuál era  
el hada benéfica que había sabido obrar tales portentos, y  
que el amor y las bendiciones de los vasallos se juntaban  
con las dulces bendiciones de su familia para halagar el al-  
ma sensible de Li-tsi.

—Sí, decia ésta algunas veces, no basta no hacer el  
mal, es preciso hacer el bien, y obligar á que hagan el bien  
á cuantos nos rodean. La apatía y la inercia del alma solo  
conducen al desprestigio de los demás y de sí mismos, y  
vicio es la humildad, vicio es la mansedumbre, cuando no  
saben conducirnos á grandes y honrosos fines.

Muerto Chi-tsong, muerto en la flor de la edad su hijo,  
ocupó el trono el primer Ministro Tai-tu III, quien rodeó  
á Li-tsi de toda clase de honores y consideraciones.

Pero la triste viuda, la inconsolable madre, renunció á  
todas las pompas de la tierra, volvió á buscar un asilo en la  
Torre de Porcelana, junto á su viejo tio, y el pueblo no su-  
po su existencia sino por sus infinitos beneficios.

Y fué tan amada, fué tan bendecida, que junto á la está-  
tua del ídolo se alza un sepulcro de pórfido, y allí van to-  
davía en peregrinacion los chinos desde todos los ámbitos  
del Imperio, para rendir homenaje á sus virtudes, y su  
nombre trasmitido de siglo en siglo, sirve aun para signifi-  
car entre ellos: *Qué nunca para el bien es tarde! y que de  
una mujer sábia y prudente pende la paz y la ventura de  
cuantos se hallan sometidos á su influjo.*

ANGELA GRASSI.

## LITERATURA.

### SU ESPEJO.

Espejo idolatrado

¡Cómo te envidio

Al pensar que reflejas

Tantos hechizos!

¡Cuán feliz eres

Copiando á la mas bella

De las mujeres!

Cuando en tí mi adorada

Sus ojos fija,

Dentro de tí su imágen

Pintada mira.

¡Feliz quien tenga,

Cual tú, dentro del alma

Su imágen bella!

Cuando mi bien te envía

Su puro aliento

Al peinar su ondulado

Dócil cabello,

Y en tí se mira,

Viéndose tan hermosa

De amor palpita.

Pero no eres tú solo  
Quien la refleja;  
También yo soy espejo  
De su belleza.  
También mis ojos  
En sus pupilas copian  
Su dulce rostro.

También el blando hechizo  
De mi adorada  
En continuo reflejo  
Brilla en mi alma.  
También ¡oh, dicha!  
Al mirarse en mis ojos  
De amor palpita.

Y aun logro otra ventura  
Que tú no gozas,  
Privilegio envidiable  
De quien la adora;  
¡Y es que reflejo,  
Lo mismo que su rostro,  
Su pensamiento!

ANTONIO CORZO Y BARRERA.

## LA HERMOSURA DEL ALMA.

(CONTINUACION.)

Mirábale su hija sin atreverse á chistar, de miedo que su propia turbación aumentara la de su buen padre; la pobre niña guardaba para sí los pensamientos que la torturaban, por último se atrevió á decir tímidamente: Padre mío, se me olvidó anoche decirnos una cosa que al pronto no me chocó, y ahora me parece algo significativa.

—Habla; qué cosa es esa?

—Mi tío ayer noche al tiempo de irse á cenar con mi tía en la mesa redonda, me llamó á parte y me dió una cartera, encargándome que la guardase en lugar seguro.

—¿Una cartera?

—Sí señor, la que llevaba siempre consigo.

—Ves á buscarla.

Enriqueta fué á su cuarto, y volvió trayendo en la mano la cartera, que Mr. Waldbourg reconoció al momento; la recibió de manos de su hija, y quedóse pensativo.

—En el momento en que mi tío me dió la cartera, observó Enriqueta, me pareció notar en él cierta confusión; revolvió los ojos mirando alrededor como asustado, y hasta me pareció que su voz temblaba un poco.

—¿Y eso dices que fué anoche antes de cenar?

—Al poco de haber subido el equipaje á nuestro cuarto.

—Eso me prueba que ya tenía proyectada la fuga, exclamó Waldbourg; vé ahí porqué tenía tanta prisa por hacer que descargaran la silla de posta.

La llegada de un camarero, que venia á poner la mesa, interrumpió á los dos en sus observaciones. Waldbourg volvió á dar sus paseos, y Enriqueta notó en él tan violenta

comoción, que apenas quedaron solos corrió á sus brazos, y empezó á sollozar.

—Cálmate, hija, por Dios, exclamó el pobre comerciante: este misterio se aclarará... quizá esta misma noche....

No es posible que Bloun nos deje muchas horas en tal incertidumbre!... Quizá hoy mismo recibiremos carta suya, ó mañana lo mas tarde.

El día pasó bien penosamente. Mr. Waldbourg sentía crecer las sospechas y los tristes presentimientos que agitaban su corazón; pero esforzabase por aparentar una calma que sus frecuentes distracciones desmentían. La noche fué peor; el sueño huyó de sus párpados; mas de una vez la jóven, alarmada, fué de puntillas á escuchar junto á la puerta de la alcoba de su padre, temiendo hallarle convulso; detenía el aliento para oír si respiraba con tranquilidad, y volvíase á la cama, en donde no la fué posible dormir hasta el amanecer. ¡Pero la pobrecilla soñó de una manera tan cruel, que mas que descanso halló nuevos motivos de alarmarse! Así es que al despertar tenía el corazón horriblemente oprimido.

Aquel día, comenzado tan tristemente, pasó como el anterior, sin recibir noticias que los sacaran de la zozobra en que se hallaban, y esta se aumentaba cada minuto.

Al anochecer Enriqueta dijo á su padre. —No sé porqué se me figura que dentro de la cartera encontraremos algun papel que aclare nuestras dudas.

—Ya me ha ocurrido eso mismo, repuso Waldbourg; pero antes de violar el depósito que te ha sido confiado, es justo, hija mía, que aguardemos. Solo á falta de otro medio apelaré al de abrir la cartera que se halla cerrada por un simple broche; me parece que no sería delicado....

—Cierto, cierto, decís bien, padre mío, apresúrese á decir Enriqueta. No obstante, imagino que algun fin se llevó mi tío al entregármela. Siempre la llevaba consigo... por algo me la daría....

—Mira, Enriqueta, dijo Waldbourg al acostarse: si mañana al medio día no hemos recibido carta, fuerza será resolverse á buscar en la cartera un rayo de luz que nos guíe para salir de tan cruel perplejidad.

—¡Quiera Dios que no sea necesario acudir á tal extremo! exclamó la delicada jóven, elevando sus manos al cielo.

### III.

Había llegado el momento en que Waldbourg se creyó dispensado de guardar mas consideraciones al hombre cuyo proceder incalificable le había puesto en tan gran apuro; hasta entonces siempre había usado de atención con el hermano de una esposa querida y llorada.

Con mano trémula desató el broche que cerraba la cartera de Bloun, y sacó un paquete de cartas, abiertas todas, dirigidas á Waldbourg y timbradas en Riga; una sola estaba cerrada, y tenía el sello de Mr. Bloun, abríola con precipitación, y al romper el sobre cayeron al suelo algunos papeles sueltos.

Enriqueta bajóse á recogerlos; eran tres ó cuatro billetes del Banco de Francia, se los alargó á su padre, que apenas los miró, porque toda su atención estaba fija en

otro papel, cuyas líneas trazadas con mano insegura, decían:

«No pido ni merezco perdón; os devuelvo las cartas de vuestros corresponsales y amigos. Mi locura nos ha perdido á entrambos. Quería instruiros de toda la verdad con las debidas precauciones... las circunstancias me obligan á emprender la fuga... Sois hombre de talento y de recursos.

Enriqueta es jóven y hermosa, fácil será que un buen matrimonio la indemnice de la pérdida de su fortuna paterna y del dote de su madre. Todo se lo ha tragado el abismo de una falsa especulación; estoy arruinado, el deshonra y la vergüenza, hé ahí el patrimonio que me resta; soy muy desgraciado, los dos mil francos que hallareis en la cartera es todo cuanto puedo dejaros. Adios, adios... para siempre.»

Los ojos de Waldbourg se cerraron; un débil gemido salió de sus labios, y cayó sin conocimiento á los piés de su hija. A los gritos de la jóven acudieron varias personas, y Waldbourg fué colocado en un sofá mientras tanto que venia el médico.

Éste acudió inmediatamente, y halló al enfermo tendido y sin dar señales de vida. Enriqueta, de hinojos ante su padre, mesábase los cabellos, gritando con voz ahogada por el llanto: ¡Le han muerto! le han matado!

Mr. Montreal, que así se llamaba el doctor, acercóse á pulsar el enfermo, y halló su mano helada y rígida, cubierta de un sudor frío; el pulso no latía, las facciones estaban cadavéricas.

En vano hizo tentativas para volverle á la vida, Waldbourg seguía como muerto. Mientras el médico disponía varias recetas, trató de indagar la causa de aquel accidente, y fácil le fué sospecharla, oídos los informes del dueño de la fonda. El doctor al volver junto al enfermo, arrojó una mirada compasiva sobre la triste viajera, cuyo semblante velaban largos y rubios cabellos, que se habían desprendido, y la cubrían casi por entero.

Así se pasó cerca de una hora: las medicinas no surtían efecto; por último, un leve suspiro anunció que Waldbourg recobraba el conocimiento, por lo cual el doctor insinuó á los que se hallaban presentes que deseaba quedar solo con el enfermo y su hija.

—¡Padre! ¡padre mio! dijo Enriqueta besando y cubriendo de lágrimas el rostro del moribundo. Al eco de aquella voz querida el enfermo abrió los ojos, y murmuró dulcemente: ¡Desdichada hija mia! la miseria! el deshonra!... No pudo continuar, su pecho estaba oprimido, volvió á cerrar los ojos, y una contracción nerviosa torció sus lábios, que temblaban convulsivamente.

—Es necesario escribir á Riga, exclamó de pronto, incorporándose con esa fuerza que dan las crisis nerviosas; es menester que sepan todos que yo ignoraba lo ocurrido, que no he sido cómplice de un farsante, que soy la víctima de su bancarrota.

Al pronunciar esta palabra un pasajero rubor animó la frente y las mejillas de Waldbourg, quiso incorporarse del todo, pero le faltaban las fuerzas, y cayó encima de los almohadones, pálido y exánime.

Esto renovó los sollozos y las quejas de su hija, que no

encontraba medio para tranquilizar á su padre. El doctor Montreal, único testigo de aquella escena cuyo desenlace creía próximo y funesto, guardaba un triste silencio.

—¡Hija desventurada, volvió á decir Waldbourg, qué va á ser de tí? ¡Me han asesinado!...

—Caballero, dijo el doctor dulcemente, no me atrevo á decirlos que destierres de vos esas ideas, porque sería pedir un imposible, pero si os diré que vengais á mi casa con esta señorita, y si mis cuidados no son bastantes á devolveros la salud, á lo menos en cuanto á vuestra hija podeis estar tranquilo; mi esposa y yo la serviremos de padres hasta que su familia la reclame.

Al oír estas palabras, Enriqueta fuera de sí, cayó á los piés de su padre, gritando:

—Padre mio! vivid para vuestra hija, que no tiene mas amparo en la tierra.

La noche pasó con horrorosa lentitud; el enfermo agrovábase por momentos.

El doctor hizo llamar á su esposa, y ésta no se apartó de la triste y alarmada Enriqueta: en vano la instó para que se alejara de aquella escena de muerte.

—Mi puesto es este, habíale contestado con firmeza, y ahogando los sollozos para no aumentar la congoja del moribundo, cuya respiración iba siendo cada vez mas fatigosa.

Al amanecer tuvo esa mejoría que precede á la muerte; llamó á Enriqueta, y dijo:

—Yo los perdono, tú debes perdonarles mi muerte; si los ves, díles que no los maldije al morir; nos los maldigas tú, hija de mi alma! Yo te bendigo... y bendigo también á los que me han consolado y ofrecido ampararte. ¡Pobrecita mia!... Dáme un beso. Adios... ya no te veo... Dios tenga misericordia de mi alma, en sus manos la entrego... Estas fueron sus últimas palabras. Enriqueta no las oyó, ¡habíase desmayado! Cuando volvió en sí, hallábase recostada en el lecho de Madm. Montreal; ésta permanecía junto á ella bañada en llanto, así como lo estaba una jovencita, que de pié junto á la cabecera, mirábala con la expresión mas tierna y compasiva.

Enriqueta fijó sobre las dos una mirada triste y como atónita; despues miró en torno del lecho, púsose de pié, y comenzó á gritar: Mi padre.... mi padre.... ¿dónde se halla mi padre? Las dos mujeres se abrazaron á ella, prodigándole los nombres de hija y hermana querida. La pobre huérfana comprendió la verdad, oprimióse el corazón, y dejóse caer sobre un sofá, exclamando: He quedado sola, ¡sola en el mundo!

—Sola no, hija mia, exclamó Madm. Montreal; mi marido y yo estamos dispuestos á reemplazar, en lo posible, á vuestro padre... que ha cesado de padecer.

—Madm. Montreal y mi tutor os servirán de padres, y yo seré vuestra hermana, exclamó la jovencita estrechando á Enriqueta entre sus brazos: yo soy rica, ¡muy rica! y me halló dispuesta á ceder la mitad de mi fortuna.

Enriqueta no se hallaba en estado de comprender la generosidad de tal oferta. Ni aun llorar podía, solo á vista del doctor experimentó un dolor tan vivo, que prorumpiendo en gritos, abrió paso al llanto, y entonces le derramó á torrentes.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.

## TEATROS.

No es el éxito de las obras dramáticas que se ofrecen al público el punto de partida para juzgar de la acertada ó desafortunada dirección de un teatro. La frecuencia de los estrenos, la originalidad de las producciones, el esmero en la representación, son las principales condiciones que sirven para formular el juicio indicado. Como en lo primero entra por mucho la fortuna, y lo segundo es consecuencia del celo y del buen deseo, resulta que esto y no aquello debe servir para fundar el fallo. Y tan evidente es lo dicho que hay coliseos cuya dirección exige censura, á pesar de atraer á su seno la concurrencia con obras que despiertan el entusiasmo; al paso que hay otros acreedores á la benevolencia, aunque no en todos sus esfuerzos obtengan triunfo lisonjero.

Tales consideraciones nos ocurren desapasionadamente al dirigir nuestra mirada en el presente año al teatro del Circo, conociendo que está celosamente dirigido, y que merece la pública consideración. No suponemos que todas las producciones en él estrenadas tengan relevante mérito, ni que solamente se hayan recogido láuros en su escena: esto depende de causas ajenas á la voluntad. Reconocemos, sí, que en él se suceden las novedades casi sin intermisión; que éstas son en su mayoría obras originales; que se las representa y decora con esmero y cariño, en beneficio del arte; que se las hace durar en las tablas todo lo posible, en provecho de los autores. Para justificarlo, bastaría hacer una reseña retrospectiva. Sin embargo, no es éste nuestro objeto de hoy.

Después de *La Familia*, del señor Rubi, sobre la cual hablamos oportunamente, se ha estrenado hace poco en el coliseo referido una comedia en tres actos, titulada *El soplo del diablo*, á beneficio del señor Mario.

Aunque pretende conducir á un pensamiento de enseñanza, á duras penas lo consigue el escritor, pues ni el tono ligero de la obra, ni su desarrollo poco meditado, ni ciertas escenas de subido color lo consienten. La breve vida que ha gozado demuestra su escaso valer, y nos exime de entrar en detenidas consideraciones sobre sus felices ó sus poco afortunadas cualidades. Baste por lo tanto decir que su autor, D. Emilio Mozo de Rosales, debió aspirar á más, y que más puede conseguir si el estudio de los asuntos y la debida detención acompañan otra vez su trabajo. — *El soplo del diablo* obtuvo buena ejecución, si bien nada se vió en ella de extraordinario. — Esta comedia se halla escrita en prosa, circunstancia poco común en las españolas de su género.

Dos obritas en un acto se han estrenado también últimamente en el Circo, y á la verdad con buena fortuna.

La primera de ellas, denominada *Cara y Cruz*, es una graciosa pieza, original de un novel y joven escritor, D. Miguel Echegaray. Facilidad, donaire, tersura, son las condiciones que en ella sobresalen, anunciando un buen autor cómico.

La segunda, que se titula *Cuestion de temperamento*, es también agradable por su forma ligera y chispeante, si bien en punto á corrección da motivo á desearla mayor respecto de ella. Esta pieza no es obra de un autor desconocido anteriormente, sino de D. Pelayo Castillo que ya tenía dados sus primeros pasos en la escena, y que maneja el diálogo con soltura y gracejo, como si fuese autor más experimentado.

En la noche del sábado último se verificó el beneficio de D. Manuel Catalina, estrenándose una bonita comedia en tres actos, original del señor Coupigny, la cual lleva por título *La paja en el ojo ajeno*. — Por hoy diremos únicamente que mereció una halagüeña acogida, y que salió desempeñada con mucho tino por los actores. — La premura del tiempo, y lo reciente de su estreno nos impiden extendernos más al presente en lo que toca á esta producción.

Malo, infelizísimo ha sido el resultado que ha obtenido en el PRINCIPLE una comedia representada por primera vez en la noche del miércoles, á beneficio de D.<sup>a</sup> Cándida Dardalla.

Se titulaba *Dos amores*, y tenía tres actos en verso.

Primera producción de su autor, anunciaba sin embargo larga vida y abundante cosecha de aplausos, según lo que de antemano se decía en las conversaciones particulares, y aún en los periódicos. Desgraciadamente tan risueñas esperanzas se han convertido en negro desengaño. El público, en que se contaba buena parte de amigos, oyó con frialdad el primer acto, con rumores y agitación el segundo, con chacota y broma el tercero. No pudo ser más desconsolador el éxito de esta producción. Y á la verdad, aunque severo, no anduvo fuera de camino el público. Ni por su pensamiento tiene importancia, ni por su desarrollo y acción cuenta con las condiciones necesarias á toda composición dramática. La verosimilitud está muy lejos de ella, y algunas veces no está más cerca la conveniencia. — *Dos amores* ha vivido una sola noche.

Si se cree que somos duros, nos veremos obligados á remitir á nuestras lectoras al juicio que en una larga gaceta ha emitido sobre esta producción un periódico tan sensato como *La España*.

Á la mayor brevedad, según dicen los carteles del mismo coliseo, debe estrenarse en el PRINCIPLE una comedia en cuatro actos y en verso, con el título de *Bienaventurados los que lloran*, á beneficio del estimado actor D. Antonio Pizarroso.

Sobre esta producción no sabemos más sino que es obra de un escritor muy fecundo y aplaudido. — En la ejecución habrá de notable que tomarán parte los principales artistas, la señora Lamadrid y los señores Romea y Valero. Veremos si el resultado corresponde á las esperanzas que las circunstancias antedichas hacen concebir.

Si *Bienaventurados los que lloran* no proporciona al

PRINCIPE un triunfo y buenas entradas, no será éste el primer sentimiento que aquel coliseo tenga que llorar en el presente año.

DIEGO DE RIVERA.

## MODAS.

### Explicacion del Figurin de peinados.

NUMS. 1 y 2. *Peinado de sociedad ó teatro*, compuesto de bandós rizados y lisos, y gran castaña de trenza.

Se abre raya para este peinado en medio de la frente y otra transversal, reuniendo todo el pelo de atrás en el tronco: con el de cada rizo se hacen tres partes, la superior se riza y se forma con ella un bandó en sentido natural sobre la frente, y con las otras dos se hacen dos rulós vueltos, y con ligera armadura, que los sostiene: una gran moña de trenza ocupa la parte posterior, y margaritas sueltas van colocadas en todos los huecos del peinado.

NUM. 3. *Peinado de paseo y reunion de confianza*, compuesto de bandós rizados y moña de trenza postiza.

Se abre la raya como para el anterior, y se riza toda la parte de adelante, peinándola en bandós huecos por el rizado solamente: se levanta el pelo del tronco y se coloca la moña postiza de trenza, haciendo dos partes del pelo que se levantó, y de cada una, una coca en la parte superior de la castaña. Dos cintas azules atraviesan en diadema los bandós, flotando sus puntas por detrás.

NUMS. 4 y 5. *Peinado de sociedad ó baile*, formado por rodete retorcido, bandós vueltos, bucles postizos y entrelazado de cinta, y ruló de cabello á la frente.

Se saca tambien para este peinado raya transversal y en medio de la frente, atando los cabellos de atrás y rodeándolos á un molde de crepé; colocándolos despues en círculo de tres ó cuatro vueltas: del pelo de adelante se separa el mechón superior y se rodea á un terciopelo grana, como si con ambos se hiciera un cordón, tirando despues del terciopelo, lo que deja el mechón ondeado sobre él; el resto del pelo se levanta en bandó liso, colocando grupo de tirabuzones cortos detrás de ellos, de los que descende uno largo por la derecha: grupo de rosas al lado izquierdo completa el peinado.

### Explicacion del pliego de Dibujos.

NUM. 1. *Pañuelo*, bordado á *plumetis*.

NUM. 2. *Cenefa*, para enagua, bordada al *pasado*.

NUM. 3. *Entredós*, bordado á punto *ruso* con lana ó algodón de color.

NUM. 4. *Cofia*, bordada sobre tul negro con seda blanca ó vice-versa, para colocarla con flores ó cintas sobre el peinado.

NUM. 5. *Nombre*, bordado á *plumetis*.

NUM. 6. *Cifra*, idem.

NUM. 7. *Escudo*, bordado á punto *Méjico*, para servilletas destinadas á pescados.

NUM. 8. *Esquina de corbata*, bordada á punto *Méjico* y *ruso*.

NUM. 9. *Escudo*, á punto *Méjico*.

NUM. 10. *Cenefa* rica; para bordarla con sedas y oro se le quitará el feston.

NUM. 11. *Entredós*, bordado á punto *ruso*.

NUM. 12. *Pañuelo*, bordado á *plumetis*, para encaje.

NUM. 13. *Acerico* rico bordado á *guipure*, no apareciendo la tela mas que en la parte que figura la cinta.

NUM. 14. *Escudo*, para bordar con sedas y oro (encargo.)

NUM. 15. *Pañuelo*, bordado á *plumetis* y *minuto*.

NUMS. 16 y 17. *Nombres*, bordados al *pasado*.

NUM. 18. *Cifra*, para juegos de cama.

NUM. 19. *Cifra*, para pañuelos.

NUMS. 20 y 21. *Cuello y puño*, bordados al *pasado*, para muñeca.

El *patron* que va á la espalda es de un cuerpo con aldetas, en pico por delante y por detrás, y sin mangas, que deberán ser de muselina para el verano, ó lana de color para el invierno; va adornado por cintas de terciopelo, saliendo de la última patas de la misma cinta, con madroños á la punta, marcando este adorno chaquetilla figura. El cinturón lleva el mismo adorno, y á la izquierda descende la pata, que va suelta.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: el Director  
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.